

dominio de la gracia. Cuidar de sus *pensamientos* es ir á la fuente del mal para prevenirlo, y del bien para favorecer su desarrollo. El espíritu de sacrificio se aplica á todas las *acciones*: cuando son malas las rechaza; cuando son buenas las perfecciona, sobre todo, por la intención; y si son indiferentes las levanta al orden de las obras sobrenaturales y meritorias. *El sufrimiento* pide más aún el espíritu de sacrificio que lo hace estimar, sobrellevar y amar. Para *estimar*lo, me basta considerar la elección que el Hombre-Dios hizo de él para destruir el pecado y salvar al mundo. Para *sobrellevarlo* tengo que sacrificar las repugnancias de mi corazón. Puedo pedir que se aleje de mí su cáliz, con tal que yo me resigne. La perfección consiste en *amarlo*; pero ¿quién podrá consumir este sacrificio? La caridad abrasadora. Ella podrá hacerme decir con San Pablo: *Me alegro con mis debilidades, en los ultrajes y en las necesidades urgentes, como en las angustias que sufro por Jesucristo.*

MEDITACIÓN VI

El espíritu de sacrificio. Fuentes en que se halla

- I. La consideración de sus felices efectos.
- II. El ejemplo de Jesucristo y de los santos.

Después de la gracia y la oración, primera fuente de toda virtud cristiana, nada contribuye más á penetrarnos del espíritu de sacrificio que la consideración de los felices resultados que produce, junto con los ejemplos que de él nos han dado Jesucristo y los santos.

PUNTO I

Felices efectos que produce el espíritu de sacrificio

Purifica el alma y la desprende de toda alianza impura con las vanidades y los afectos carnales ó demasiado humanos que empañaban el esplendor de su belleza. Establece íntimo consorcio entre una

alma inmolada y Jesucristo que encuentra en ella su perfecta imagen. Sustituye en nosotros la voluntad y la vida de Dios á nuestra propia voluntad y á nuestra propia vida. Poniéndonos bajo la dirección del Espíritu Santo, nos transforma en verdaderos hijos de Dios, conforme á la palabra de San Pablo: *Quicumque spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei.* Nos hace recoger inapreciables tesoros de méritos por la constante práctica de las más excelentes virtudes, la abnegación y la caridad.

Al espíritu de sacrificio, como al espíritu de fe que es su principio, conviene atribuir en todo tiempo las virtudes heroicas, los prodigios de abnegación que admiramos en los grandes siervos de Dios. «¡Oh Señor, dad á vuestra Iglesia muchas almas inmoladas por la gracia, y aparecerá de nuevo la belleza de los primeros siglos, la fe se reanimará en el corazón de vuestros hijos, los desiertos se verán poblados de santos, vuestro santuario se llenará de ministros fieles.... los caminos de la perdición serán menos frecuentados, y menos profanada la Sangre de Jesucristo!» (1).

Pero entre los excelentes frutos de esta abnegación generosa, hay uno en el cual meditamos muy poco: es la paz abundante y la dicha presente que ella procura, aun en medio de las penas y tristezas de la vida. Si creemos tan firmemente que el espíritu de sacrificio conduce al Cielo, hemos de estar convencidos también de que la inmolación de sí mismo es la más perfecta caridad. *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat* (2). ¿Y no es entregar su vida á Dios, morir por amor de Dios, el renunciar por agradecerle todas las inclinaciones de la naturaleza, y mantenerse siempre delante de El en estado de víctima? ¿Pero se cree franca y sinceramente que una alma fervorosa halle en esa inmolación continua un Cielo anticipado, la paz y la

(1) Berthier, *Reflex. spirit.*

(2) Joan., XV, 13.

alegría que exceden á todo sentimiento, y que nuestra dicha aquí en la tierra esté precisamente en relación con nuestra energía para sacrificarnos por Dios? Y esta es, sin embargo, una verdad que no sólo es halla consignada en todas las enseñanzas del Evangelio, sino que encuentra también indiscutible apoyo en la razón y en la experiencia.

¿Cómo no comprender, en efecto, que por una parte la abnegación santa, reprimiendo nuestras inclinaciones desarregladas, quita la causa ordinaria de nuestras turbaciones y pesares (1); mientras de la otra, poniéndonos bajo el imperio de la gracia y uniéndonos á Dios que es el supremo bien, el orden por excelencia, fija nuestra morada en una paz inalterable? *Si in via Dei ambulasses, habitasses utique in pace sempiterna* (2). ¿No es evidente acaso que esta generosidad nos pone en las más favorables circunstancias para que el Señor nos colme de las bendiciones de su dulcedumbre? Los mártires son una prueba incontestable de esta verdad. Su desprendimiento llegó hasta el grado más alto de heroísmo; por eso, dice San Agustín, á la vista de sus verdugos se llenan de alegría, y se les oye exclamation mientras se les destroza y quema: *Nunquam tam jucunde epulati sumus*. Dios los embriaga como si los hundiese en el mar inmenso de su bienaventuranza.

PUNTO II

El ejemplo de Jesucristo y de los Santos excita en nosotros el espíritu de sacrificio

El Salvador jamás satisfizo su gusto ni sus deseos, sino únicamente atendió al beneplácito de su Padre: *Christus non sibi placuit* (3). *Quæ placita sunt ei facis semper* (4). Sabemos que llevó el espíritu de sacri-

(1) *¿Unde bella et lites in vobis? ¿Nonne hinc? ex concupiscentiis vestris, quæ militant in membris vestris?* (Jac. IV, 1.)

(2) Baruch, III, 13.

(3) Rom., XV, 3.

(4) Joan., VIII, 29.

ficio y la obediencia hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz; y en este ejemplo quiere San Pablo que busquemos la energía que necesitamos para vernos á nosotros mismos.

Según el pensamiento del Apóstol, la vida cristiana y, con más razón la vida sacerdotal, es un combate á la carrera: combate penoso, laboriosa carrera: «Corramos, pues, por la paciencia,» nos exhorta: *Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen* (1). y para conseguir esta inquebrantable paciencia no cesemos de mirar á Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe: *Ascipientes in auctorem fidei et consummatorem Jesum*. El podía tener por herencia los goces de la más dichosa vida, y prefirió la Cruz sin dejarse atemorizar con los dolores y los oprobios inseparables de ese horroroso suplicio: *Qui, proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta*. Hizo esa elección por nuestro amor, y para preservarnos con su ejemplo del veneno que lleva consigo la vida de comodidad y honores. Pensad pues, pero pensad seriamente y con reflexión en lo que sufrió el Hijo de Dios, entregado á pecadores que estaban armados contra El con todos los odios del infierno: *Recogitate eum, qui talem sustinuit a peccatoribus... contradictionem*. Si se tiene en cuenta que sus sufrimientos son la medida de su amor hacia nosotros y si los comparáis con los vuestros, no se doblegará jamás vuestra constancia bajo el peso de las tribulaciones: *Ut ne fatigemini, animis vestris deficientes*. Después de todo, vosotros no habéis derramado aún ni una gota de sangre para combatir al pecado, y Jesús para destruirlo derramó toda la suya: *Non dum enim usque ad sanguinem restitistis, adversus peccatum repugnantem* (2).

Hé aquí lo que comunicó á los mártires y á todos los santos tanta fidelidad en la práctica de la ciencia del sacrificio. Para esos perfectos imitadores de Jesucristo era una necesidad la inmolación de sí mismos.

(1) Hebr., XII, 1.

(2) Hebr., XII, 1.

Para ellos era muy poco el aceptar con reconocimiento las cruces que la Providencia les enviaba: buscaban otras y nunca les parecía tener bastantes. En un calabozo de Salamanca fué arrojado Ignacio de Loyola tratándolo como á un malhechor; se le carga de cadenas; pero, con todo, la alegría brilla en su semblante y jamás se vió un hombre más contento con su suerte. De todas partes acuden á contemplar esa tranquilidad, ese estado de dicha y todos al entrar se conmueven, y al salir exclaman: «He visto á Pablo con sus cadenas.» Sus amigos no pueden reprimir algunas palabras de condolencia; pero él no quiere sino felicitaciones. «Que lo sepa Salamanca: no hay en ella tantas cadenas como las que yo quisiera llevar por amor á Jesucristo.» Javier se queja, pero ¿de qué? Del exceso de su alegría, de la insuficiencia de sus pruebas. «¡Basta, Señor, basta! Más aún, todavía más trabajos, contradicciones, abandono de las criaturas y privaciones!...» Teresa, separada de Jesús, no se cansa de llorar: «Si tenéis resuelto, Señor, prolongar mi destierro, si queréis que espere con paciencia la muerte que pido con todas las ansias de mi corazón, concededme que sufra por Vos tanto tiempo, cuanto es el que no viviré con Vos: vuestra Cruz me consolará en vuestra ausencia; ó Vos mismo, ó vuestra Cruz; ó morir, ó renacer á cada instante para nuevos sufrimientos: *Aut pati, aut mori*». Cuando pregunta Dios á Juan de la Cruz qué recompensa desea, él no responde con el Doctor Angélico: «no quiero otra que Vos mismo ¡oh Dios mío!» ni aun como Santa Teresa: «ó padecer, ó morir»; él quiere sólo sufrimientos y desprecios: *Pati et contemni pro te*.

Todos esos santos fueron hombres como nosotros; lo que ellos han podido, animados por Aquel que era su fortaleza, lo podemos nosotros también. Oremos y reflexionemos; pero también ejercitémonos, según el consejo que daba con tanta frecuencia y que practicaba tan admirablemente San Francisco Javier: *Vince teivsum*. El soldado se adiestra combatiendo. Empecemos por vencernos en las cosas fáciles; los

triumfos pequeños nos disponen para otros mayores: *Ideoque et nos tantam habentes impositam nubem testium, deponentes omne pondus et circumstans nos peccatum, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Felices efectos que produce el espíritu de sacrificio.* Purifica el alma y la desprende de toda mezcla impura. Establece íntima relación entre ella y Jesucristo. Nos hace recoger inapreciables tesoros. Al espíritu de sacrificio, y al espíritu de fe que es su principio se debe atribuir las virtudes heroicas, los prodigios de abnegación que admiramos en los grandes santos. A él le somos deudores, sobre todo, de esa paz, de esa alegría que constituyen un anticipado Cielo en medio de las penalidades de este destierro. ¿Estás persuadida ¡oh alma mía! de que nuestra felicidad en la tierra está en proporción con nuestro valor para sacrificarnos por Dios? Y sin embargo, esta verdad se desprende de todas las enseñanzas del Evangelio y ha sido confirmada siempre por la experiencia.

PUNTO SEGUNDO.—*El ejemplo de Jesucristo y de los Santos excita en nosotros el espíritu de sacrificio.* El Salvador no tuvo nunca en cuenta sus inclinaciones. Llevó el espíritu de sacrificio hasta la muerte de Cruz. En este ejemplo nos invita el Apóstol á buscar la energía que necesitamos para vencernos á nosotros mismos. Es igualmente este ejemplo el que ha hecho tan fieles á los santos para practicar la ciencia del sacrificio. No se contentaban con aceptar reconocidos las cruces que la Providencia les enviaba: buscaban otras y nunca les parecía tener bastantes. Recordemos á San Ignacio en los calabozos de Salamanca, á San Francisco Javier en sus Islas salvajes, á Santa Teresa, á San Juan de la Cruz. Todo lo que han podido los santos lo podemos nosotros como ellos. Oremos, reflexionemos y ejercitémonos.

(1) Hebr., XII, 1.

SECCIÓN SEGUNDA

JESUCRISTO, DECHADO PERFECTÍSIMO DE LOS ELEGIDOS Y EN ESPECIAL DE LOS SACERDOTES, NOS CONVIDA A SEGUIRLE POR LOS CAMINOS DE LA VERDADERA SANTIDAD.—RAZONES PODEROSAS QUE NOS OBLIGAN A MARCHAR EN POS DE SUS HUELLAS.—PRÁCTICA DE ESTA IMITACIÓN.

MEDITACIÓN VII

El reino de Jesucristo. Parábola

I. Jesucristo, nuestro Rey, nos convida á seguirlo.

II. Todo nos excita á entregarnos por completo á Jesús para seguirle.

PRIMER PRELUDIO.—Representarse las sinagogas, las aldeas, las ciudades de la Judea que Jesucristo recorría predicando su Evangelio.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pedir al Señor la gracia de obedecer á su llamamiento y de someterse enteramente y sin dilación al cumplimiento de su voluntad.

PUNTO I

Jesús, nuestro Rey nos llama para que le sigamos

Figurémonos que el Cielo en su bondad haya dado á la tierra un monarca superior á lo que el entendimiento humano puede imaginar de bueno y perfecto. A todos los títulos de legitimidad y á los derechos más incontestables reúne todas las cualidades que infunden respeto y admiración, é inspiran confianza y amor. Este príncipe tan cumplido, que no concibe sino deseos y proyectos nobilísimos, sin te-

ner otra ambición más que la dicha de sus vasallos, los invita á que le sigan en una gran expedición que va á emprender. Jamás hubo guerra, no solamente más justa y santa, sino más ventajosa, aun para los mismos pueblos cuya conquista se trata de llevar á cabo. Estas son las condiciones que propone á los que quisieren adherirse á El, porque á nadie obligará: El irá constantemente á su cabeza, asociado á ellos en todas sus fatigas y en todos sus peligros; alimentado, alojado y vestido como el último de sus soldados: ninguno de ellos tendrá nada que hacer ni sufrir que El no lo haya hecho y sufrido primero. El éxito de la empresa es seguro; ninguna buena acción, ni la más mínima, quedará sin recompensa, y los frutos de la victoria, que serán inmensos, se repartirán entre los vencedores según el valor de que cada uno haya dado muestra en el combate. A este llamamiento ¿qué responderán los súbditos fieles?... ¿qué generosa emulación hervirá en sus pechos! Y si por acaso hubiese algunos tan cobardes que prefiriesen un descanso innoble é indigno á esta trabajosa gloria ¿no serían dignos del desprecio de todos?

Este amable y gran príncipe es Jesucristo, Hijo de Dios, Criador y Redentor del linaje humano que viene á la tierra á combatir el pecado; esta fué y sigue siendo la única rebelión que ha perturbado el Reino de su Padre y el suyo. Viene á repararlo, á restablecer el imperio de la gracia sobre la naturaleza. Pero para subyugar á sus enemigos no empleará otras armas sino las de sus beneficios. Lleno de gracia y de verdad, posee en un grado infinito todas las perfecciones de la divinidad y de la humanidad. Dirigiéndose pues, á todos aquellos que por el Bautismo han llegado á ser súbditos suyos, y por la Confirmación sus soldados, les habla de esta manera: «Mi voluntad, la más benéfica y justa de todas las voluntades, es de atraer á mí á todos los hombres para hacerlos vivir de mi vida y hacerlos dichosos con mi propia felicidad. Mi Padre me ha hecho Rey sobre la Montaña santa, y me ha dado todas las naciones

en herencia (1). Quiero pues, entrar en posesión de mis dominios, reinar solo en los entendimientos y en los corazones de los hombres, sometiéndolos á mi ley para salvarlos; y, vencedor pacífico, conducir á la gloria eterna á los que hubiere librado de la esclavitud. Todo el que tomare parte en mis trabajos y penas en esta guerra, participará de mi triunfo; la recompensa será proporcionada á la generosidad de los esfuerzos de cada uno.

¡Oh sacerdotes! ¿qué responderemos nosotros á Jesucristo, nuestro amable y divino Rey?... ¡que estamos dispuestos á seguirle?... Es muy poco.... ¡Pues qué! ¿sus ministros no han de hacer por El nada más que lo que hacen los simples fieles? ¿no hemos de seguirle más de cerca? Somos los primeros soldados de su milicia, y no podemos menos de procurar distinguirnos en su servicio por nuestro celo y abnegación en servirle, como El nos ha distinguido por sus gracias de elección y predilección. Sí, sacerdotes del Señor, debemos librar los más rudos combates contra el orgullo, la sensualidad, la estimación del mundo, y hacer á nuestro divino Salvador la ofrenda más generosa y más completa de nosotros mismos.

PUNTO II

Todo nos excita á darnos enteramente á Jesús para seguirle

Comprendamos y penetrémonos bien de estos motivos: la divinidad, los derechos de Aquel que hace el llamamiento á nuestra abnegación, la empresa á la que se trata de concurrir, las condiciones que se nos proponen.

1.º ¿Quién es el que nos llama? Es Jesucristo, *el Rey inmortal de todos los siglos* (2). *Aquel que ha po-*

- (1) Ps. II, 6, 8.
(2) I Tim., I, 17.

dido decir sin usurpación que es en un todo igual á Dios (1). *El esplendor de su gloria, la figura de su substancia* (2). *El jefe de todo principado* (3). *En El se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (4). *En El habita corporalmente la plenitud de la Divinidad* (5). *Todo poder le ha sido dado en el Cielo y en la tierra* (6). *A su nombre toda criatura dobla la rodilla en el Cielo, en la tierra y en los infiernos* (7). ¡Oh, qué grande gloria el seguir al Señor! *Gloria magna est sequi Dominum* (8).

Jesús, por otra parte, tiene sobre nosotros los más sagrados derechos. Derechos por sus infinitas perfecciones. No podemos pertenecernos á nosotros mismos; si no somos de Dios, seremos esclavos de nuestras pasiones, del orgullo, de la concupiscencia..... tenemos que elegir uno de estos dos yugos ¿cuál de ellos es más noble, más honroso y más suave? Derecho por la creación. Todo lo que tenemos, todo lo que somos, todo nos lo ha dado y todo nos lo conserva; somos, pues, más de El que el niño es de su padre. Derecho de conquista y de adquisición (9). El es quien nos ha librado de las cadenas de Satanás y hecho pasar á la feliz libertad de los hijos de Dios. Un objeto es nuestro si lo hemos comprado con nuestro dinero, y más nos pertenecerá si nos ha costado trabajos penosos el adquirirlo, y mucho más todavía si lo hemos comprado á costa de nuestra propia sangre..... Pues ¿no somos nosotros el precio de los trabajos, de los sufrimientos y muerte de Jesucristo? *Empti enim estis pretio magno* (10). Derecho de donación y de herencia, porque su Padre le ha dado to-

- (1) Phlipp., II, 6.
(2) Hebr., I, 3.
(3) Colos., II, 10.
(4) Colos., II, 3.
(5) Colos., II, 9.
(6) Matth., XXVIII, 10.
(7) Phlipp., II, 10.
(8) Eccli., XXIII, 38.
(9) *Populus acquisitionibus*. (I. Petr., II, 9).
(10) I Cor., VI, 20.

das las cosas: *Constituit hæredem universorum* (1). Derecho de elección y de libre promesa, pues que le hemos elegido nosotros mismos por nuestro Rey, ya en el Bautismo, ya después, cuando tantas veces á la faz del Cielo y de la tierra hemos renovado los juramentos de ser todos de El, sólo de El y para siempre..... Hé aquí los estrechos lazos que nos unen á Jesucristo.

2.º ¿A qué somos llamados? A la más noble y santa empresa que se puede concebir. Todo en ella es grande. Los enemigos que hemos de combatir, el demonio, el mundo, las pasiones, nuestro propio corazón. Las armas que empleamos: la fe, la oración, la humildad, la paciencia..... todas las virtudes del cristiano y del Apóstol. Los compañeros del combate: son todas almas generosas que el Cristianismo ha elevado, engrandecido y en cierto modo divinizado; los santos de todas las condiciones. El jefe es el Hijo de Dios en persona, combatiendo con nosotros por su gracia, y que, ya vencedor en tantos elegidos, quiere también ser vencedor en cada uno de nosotros y servirse de nosotros para conquistar el corazón de nuestros hermanos. El objeto, en fin, de la empresa es el de dar gloria á Dios y salvar á los hombres, destruyendo el error y el vicio para establecer la verdad y la virtud. ¡Ah! ¿puede concebirse un objeto más grande y más excelente?

3.º Hé aquí ahora en dos palabras la condiciones que se nos proponen: participar en la tierra de los trabajos y sacrificios de Jesucristo, para ser luego asociados á su triunfo y á su gloria. Comparemos los sacrificios que nos pide con los que El mismo se ha impuesto: mientras El lleva la Cruz sin alivio, sabe aligerar con sus consolaciones el peso de las de sus fieles discípulos y de los sacerdotes buenos: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra* (2). Y..... ¿qué comparación hay entre las penas y la duración

(1) Hebr., I, 2.

(2) II Cor., VII, 4.

del combate con la alegría y la felicidad del eterno triunfo....?

Consagrémonos, sí, plenamente al servicio del Salvador, y digámosle de todo corazón: «¡Héme aquí, oh Rey Supremo y Señor de todas las cosas! Aunque me reconozca indigno de comparecer ante vuestra presencia y de perteneceros, confiando, sin embargo, en vuestra gracia y en vuestros auxilios, yo me consagro á Vos sin reserva. Todo lo que soy y poseo, lo someto y entrego por completo á vuestra santa voluntad. Yo protesto ante vuestra infinita bondad y delante de vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la Corte celestial, que quiero y deseo verdaderamente y es mi resolución deliberada el consagrarme por completo á vuestro santo servicio, el imitaros en los padecimientos, injurias, vituperios y pobreza, y por último, me someto voluntariamente y de buen grado á servirlos en el género de vida que os sirváis designarme (1). Este ofrecimiento de sí mismo es la mejor preparación para la santa Misa, y puede renovarse en la acción de gracias después de ella.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO. *Jesucristo nuestro Rey nos convida á seguirle.* Un monarca, superior á cuanto puédase imaginar de más perfecto; que á los derechos más incontestables reúne todas las realidades que excitan la admiración, inspiran confianza y amor..... convida á sus súbditos á que le sigan en una guerra justa, santa, infinitamente ventajosa hasta para aquellos que trata de conquistar. El irá siempre el primero al frente de sus soldados, y se vestirá, alojará y comerá como el último de sus soldados. El triunfo es seguro y el botín de la victoria, que será inmenso, se repartirá, en proporción del mérito, entre los vencedores. Este amable y gran príncipe es Jesucristo..... Viene á la tierra para combatir el pecado, que es la primera de todas las rebeliones, y quiere además que todos

(1) San Ignacio, *Libro de los Ejercicios*.

los pecadores se sometan á Dios y se salven..... ¡Oh sacerdotes! El os ha colocado en un puesto de honor entre sus soldados..... ¿no queréis pues, seguirle más de cerca dándole muestras de mayor fidelidad?

PUNTO SEGUNDO.—*Todo nos excita á consagrarnos por completo á Jesucristo para seguirle:* su dignidad, sus derechos, los gloriosos designios para los cuales pide nuestro concurso, las condiciones que nos propone. Nuestro caudillo es el *Rey inmortal de los siglos, el esplendor de la gloria de Dios..... á su nombre se dobla toda rodilla.* Tiene sobre nosotros los derechos más sagrados: derechos de sus perfecciones, derechos de creación, derecho de conquista y adquisición, derecho de herencia y de elección. Nos convida para la empresa más noble que se puede imaginar: todo en ella es grande; enemigos, armas, compañeros, jefe: ella tiene por objeto glorificar á Dios y salvar el mundo. Hé aquí las condiciones: participar en la tierra de los trabajos de Jesucristo y de sus pruebas para participar luego de su triunfo. Consagrémonos por completo á su servicio.

MEDITACIÓN VIII

El reinado de Jesucristo en el alma fiel

- I. Idea que debo formar de El.
- II. Cómo debo desear que se establezca en mí.

El sacerdote tiene que perseguir siempre un doble fin, su propia santificación y la del prójimo. Ahora es menester que se dedique á buscar para sí propio *el reino de Dios y su justicia* (1).

PUNTO I

Qué es este reinado de Jesucristo en mí

«Es el Hijo de Dios sujetando siempre y en todo mi corazón, dirigiendo el espíritu, la lengua, todas las acciones, todo el orden y el plan de mi vida» (2).

(1) Matth., VI, 33.

(1) P. Martel. *Caract. du Chrét.*

Luego mi corazón es, en el verdadero sentido, trono de Jesucristo. Todo lo que hay en mí está pendiente de las órdenes de este gran Rey; todo se pone á su servicio para ser por El empleado en la gloria de su Padre, pues para esto hizo la adquisición de todo mi sér.

Consiste este reinado de Jesucristo en gobernarme por su Espíritu de tal modo, que sea El la regla de todos mis juicios, de todos mis afectos y determinaciones; en seguir en todo las luces é impresiones de su gracia, y en adquirir por el santo empleo que hiciere de ella todas las virtudes que nos ha enseñado con su ejemplo. A pesar de todo, no podré menos de exclamar con San Pablo: *Siento en mis miembros y en mis sentidos una ley que quiere dominar sobre mi espíritu, y esclavizarme á la ley del pecado* (1); pero es preciso que pueda añadir también con él: «Tengo otra ley dentro de mí mismo, y es la ley del espíritu de Jesucristo que reina sobre mis apetitos desordenados, reprimiéndolos y manteniéndolos en estado de dependencia; de modo que *no soy yo quien vivo, sino Jesucristo es quien vive en mí* (2). Es necesario que mis vicios sean reemplazados por sus virtudes, que á mis arrebatos suceda su paciencia; su dulzura á mi cólera. Es necesario que disponga El según su beneplácito de mi tiempo y de mis fuerzas, de mis penas y alegrías..... sin que su voluntad encuentre jamás en la mía ni la más leve resistencia. Solamente reinará en mí y sobre mí como dueño soberano. ¿Ha sucedido así hasta ahora? ¡Oh, cuántos obstáculos he puesto al ejercicio de esta realeza bienhechora y santa!

(1) Rom., VII, 23.

(2) Gal., II, 20.